

Versión Imagen

La Comunidad Europea: nueve notas desde Latinoamérica

● **Luis Cipriano Rodríguez**

Escuela de Historia/UCV

1.- Si nuestra interpretación de la Historia se inscribiera en criterios eurocéntricos, diríamos que Europa -hoy como ayer- constituye la inagotable cuna de ideas, civilizaciones y utopías. Ahora se centraría en ella, otra vez, la esperanza actual del mundo sacudido por muchas crisis. Europa sería el gigante que corona tres décadas de iniciativas integracionistas iniciadas después de la Segunda Guerra en función de una sola moneda, un solo Banco Central, un solo Parlamento y una sola Cultura. "La civilización puesta a prueba", como expresó Toymbee, estaría liquidando definitivamente los violentos prejuicios de Hitler, y superando los derrotismos de Spengler. De igual manera, más de cien años después, también estaría dándole contundente respuesta al panesvalismo suscrito por Danilevsky hace un siglo.

"Ha triunfado, pues, Europa como luz del mundo". Eso diríamos. Pero ¿hacia dónde marchará ahora la obra fundamental de este "gigante glorioso"? En el marco de una lógica eurocéntrica pero humanística, fiel al pensamiento filosófico del siglo XIX, cabría deducir - ingenuidad de por medio - que ahora el contexto internacional posterior al derrumbe del "totalitarismo soviético", favorece la convergencia hacia "el estadio de la paz y la justicia para todos", vislumbrado por Herder, Fichte, Kant y Hegel. (Dejemos de lado esta vez a Comte y Saint Simon, a Turgot y Burdin). Desde luego, dirá la historia oficial, nada significa aquí y ahora los diseños lineales, dogmáticos y escatológicos de Marx y Engels, Bebel y Connow, Lenin y Kautsky, incluyendo a los "marxistas menores", como nota Pitirim A. Sorokin.

Esta no es la hora de los "estatismos opresores" sino del "bienestar con libertad". El hombre se independiza tanto del Estado autoritario como del dogma.

ideológico y la economía dirigida. Europa es, entonces, el modelo contemporáneo para la liberación del ser. Ella dignifica y rescata el destino humanista del individuo. Esta es, consiguientemente, la hora para reescribir con Kahler la Historia universal del hombre. Escribirla con autenticidad. La historia del ser plenamente liberado.

Lo que Erick Kahler postuló en 1934, cuando la Segunda Guerra asolaba gran parte del mundo, parece cobrar sentido en la presente coyuntura: "el reinado del hombre". Es ésta la oportunidad para que dicho hombre reine como persona creadora, libre y múltiple. Sin egoísmos ni elitismos. En función de la seguridad colectiva. Después del colapso soviético, Europa puede volver a Santo Tomás: "quien busca el bien común de la sociedad, consiguientemente busca su propio bienestar."

2.- Ahora bien, como no somos eurocéntricos, preguntamos: ¿cuál es la Europa que, al parecer, está perfilando tan alentadora grandeza? ¿cuál es la comunidad que al iniciarse este año 1992 se asoma con firmes convicciones al "vértigo de lo desconocido"? "Europa -informa desde Bruselas la Agencia EFE- se inicia desde 1992 sin un mapa estable, con el resonar de los cañones en los Balcanes y sin que esté colocada la última piedra en el tramado de instituciones que deberían garantizar la paz del continente". Tal es el panorama a corto plazo.

Sin embargo, la Comunidad Económica Europea -es ésta la Europa en referencia- avanza. Cabe reconocer que tal hecho obedece a la irrenunciable dinámica de la actual exigente coyuntura. Después de los muchos siglos de odio y conflicto, Europa parece asomarse a la hora de sus grandes acuerdos. Atrás quedan los desequilibrios que generaron guerras e incendios, desde los tiempos del Sacro Imperio Romano (sin universalidad centralizadora) hasta el III Reich o el "Imperio Soviético" (sin libertades para el sufragio ni para el comercio). Atrás quedan -tal debería ser el sino de esta hora- las inquisiciones y los racismos, las hogueras y las razzias, las guillotinas y las cremaciones, los paredones y los pogroms. Europa, renovada y resuelta, olvida sus turbulencias y asume los valores de un humanismo transparente e irrestricto.

Este procedimiento no es, desde luego, gratuito. La historia opera con bases en factores e imperativos; obedece a urgencias y proyectos, a retos y respuestas; sus contradicciones se desencadenan y sus plazos se cumplen. En este procedimiento, Europa está a las puertas de nuevos destinos. El contexto universal así lo reclama: "mientras la Unión Soviética se desintegra, Europa se integra. Ella muestra su rostro homogéneo. Las nuevas generaciones de europeos tienden

a semejarse mucho más entre sí aún cuando hay diferencias de idiomas y de culturas". Esta afirmación, que podemos leerla en cualquier gacetilla de agencias noticiosas, es el fruto de treinta y cinco años de esfuerzo en pos de la integración económica, monetaria, educativa e ideopolítica. El fruto de la segunda postguerra. El 1º de enero del próximo año 1993, comenzará a funcionar un inmenso mercado de 340 millones de habitantes; y hacia 1999, estará circulando una moneda única, bajo los postulados de una política globalizante en materia de defensa común, seguridad social y relaciones exteriores.

De acuerdo con lo aprobado recientemente en la "Cumbre de Maastricht", Holanda, los días 11 y 12 de diciembre de 1991, "Europa será principalmente potencia del mundo". Así lo entiende François Mitterrand, quien agrega: "La primera potencia ya es prácticamente realidad. La primera potencia industrial, la primera potencia científica, la primera potencia que ofrecerá a su juventud las posibilidades de trabajar, de tener profesiones". Aunque en materia estrictamente comercial reconoce que no serán los primeros sino "tan fuertes" como los norteamericanos y japoneses, Mitterrand nos presenta una realidad novedosa e increíble. ¿Cuántos europeos pensaron en semejante logro a raíz de Yalta?

3.- Sin embargo, no se trata de toda la Europa. Son doce los países que hoy forman la Comunidad iniciada casi cuatro décadas. Holanda, Italia, Alemania, Francia, Bélgica, Luxemburgo, España, Irlanda, Gran Bretaña y Grecia configuran el cónclave. Factores geopolíticos e intereses adscritos a la economía de mercado actúan como fuerza centrífuga integradora (Newton sería entonces, su emblema lógico e histórico).

Frente a la superpotencia norteamericana, endeudada pero dueña del "monopolarismo" surgido de Bagdad y San Petersburgo, la CEE afianza su estrategia como factor de "equilibrio". Igual ocurre frente a Japón. Por ello, como aprecia "The New York Times", su meta es fortalecer su condición de "potencia cohesionada, capaz de desafiar los retos económicos y políticos planteados por los otros dos grandes bloques: Norteamérica y Asia". Desde esta perspectiva, y sintetizando opiniones de la prensa diaria, cabe decir que en Maastricht, los Doce duplicaron sus intenciones integracionistas "con la esperanza de crear una zona de estabilidad y fijación en una Europa a la deriva". Pero, ¿está realmente a la deriva el conjunto europeo? Desde luego, no. Sólo que no se encuentra tan unida y segura como luce en el sueño inesperadamente gregario y mercantilista de Mitterrand (¿y de Debray, cuya disidencia ecuménica ha naufragado?).

Pues bien, esta parte de Europa aspira convertirse de veras, en un sólido eje de poder mundial para la libertad y el progreso. Pero, aún cuando están a la vista el derrumbe soviético, la caída del muro de Berlín y la extinción del Pacto de Varsovia, el "nuevo orden" no asume todavía su presunta y presuntuosa filosofía pacifista y emancipadora. La fraternidad ecuménica no ha surgido aun como fruto de la "derrota comunista". Las contradicciones y las desconfianzas intraliberales e intrainperiales continúan su curso. Parece que Paul Elluard, T.S. Elliot y Walt Whitman deberán esperar otro medio siglo para que un humanismo verdadero cruce "la puerta que nunca abrimos al jardín de las rosas".

Entre tanto, intelectuales y mercaderes, administradores y estadistas, generales y banqueros -siempre a nombre de la libertad como temía Bolívar- estimularán competencias y escenificarán debates dentro del más exquisito parlamentarismo. ¿Protagonizarán luego, otra vez, guerras de refinadas tecnologías? Pero ¿acaso la violencia no era una práctica exclusiva de la locura hitleriana y la barbarie estalinista? ¿dónde queda entonces la credibilidad de los "nuevos parámetros"?

Las rivalidades y manipulaciones siguen su rumbo en un orden "nuevo" de quinientos años, fundado en la mercancía como símbolo, pero sobre todo, como plusvalía realizada en "la moral del libre mercado".

4.- La Europa de los Doce -los "inventores de la simplicidad" como anuncia Jacques Delors- va a la conquista de una "gloriosa prosperidad". Para ello, procura dominar los mercados. En Bruselas o en Estrasburgo, en Tokio o en Canberra, en Washington o en Montevideo, las reuniones relacionadas con el GATT destilan humores, anhelos y angustias. La "Ronda Uruguay", abierta hace cinco años en el marco del "Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio", constituye una lejana esperanza para los grandes bloques del capitalismo dominante. En su seno ocurren disputas lideradas por Estados Unidos, Japón y la Comunidad Económica, dentro de una dinámica de mutuas intransigencias. La Europa comunitaria protege decididamente a sus agricultores, el imperio norteamericano subsidia a los suyos, y Japón "se resiste a liberalizar su mercado del arroz". Tal vez por eso, George Bush generaliza al decir que las barreras comerciales japonesas contribuyen a la recesión económica de su país, aunque por su parte, los australianos le acusan de hipócrita porque defiende los subsidios a los cosecheros estadounidenses "mientras presiona a las naciones asiáticas a seguir abriendo sus mercados a los productos norteamericanos".

El comercio de Estados Unidos con Japón arrojó en 1990 un superávit de 41.000 millones de dólares a favor de este último. De tan fabulosa suma, el 75% corresponde a la industria automotor, circunstancia que representa un rudo obstáculo para la General Motors, la Ford y la Chrysler, símbolos del "desarrollo sobre ruedas" en la etapa rostowniana del "consumo en masa". Como dato concreto, para dicho año, estas empresas colocaron en el mercado nipón sólo once mil vehículos, contra más de dos millones de unidades exportadas por los japoneses a Norteamérica.

Aparte de los reclamos planteados acerca de este rubro, el gobierno de Washington también insiste en el problema del arroz. Japón debe abrir su mercado a los cereales norteamericanos porque, según Bush, "el consumidor nipón tiene derecho a comprar dicho producto importado a precios hasta siete veces más baratos que los actuales".

Evidentemente, cada bloque presiona sin escrúpulos. En verdad, el intercambio mercantil capitalista no practica las relaciones propias del internacionalismo solidario. En el contexto de los tres grandes bloques, lo importante para Japón es que su espacio arrocero no sea penetrado por Estados Unidos, mientras que éste aspira que la Comunidad Económica Europea cese "su avalancha de exportaciones subsidiadas". Pero, ¿acaso Washington no subsidia a sus agricultores? Dentro de tan cerrado mecanismo, ¿cómo quedan los países pobres? ¿cuál es, por ejemplo, el destino de Latinoamérica? "Estos subsidios -dice la Agencia REUTER- que sólo pueden ser pagados por exportadores ricos como Estados Unidos, Japón y la Comunidad Europea, privan de mercados a muchos países pobres que dependen mucho más de sus ventas de productos del agro".

En principio, la "Ronda Uruguay" podría conducir a una vasta liberalización comercial que reactive la economía del mundo. Tal es la ideología dominante en dicha entidad. Sin embargo, por una parte, hay una excesiva confianza neoliberal en la capacidad creadora del mercado, y por la otra, una inocultable rigidez de las potencias imperialistas cuyo empresariado entiende la libertad sólo como un privilegio exclusivo para imponer condiciones, manipular precios y amasar ganancias especulativas. Debido a estas intransigencias, el Director General del GATT, Arthur Dunkel, ha presentado en Ginebra un "Documento de compromiso" donde sugiere soluciones (también de compromisos) para los sectores agrícola y de servicios. Allí se intenta reducir los subsidios a las exportaciones (36% en 1993 y 24% en 1999) respecto del período anterior de 1986 y 1990. En cuanto a las ayudas para los productores agrícolas, éstas serían del 20% al 36% durante el lapso 1993-1999, sobre la referencia de 1986-1988.

Este documento de Dunkel será analizado principalmente por los representantes europeos y norteamericanos. Es posible que el año de 1992 sea propicio para resolver el problema de las barreras mercantiles en el mundo. ¿Hasta qué punto la "Ronda Uruguay" puede resolver tan complejo asunto? ¿Y en qué medida tal solución favorecerá a los países dependientes? Todo parece indicar que éste es un tópico para el interés de las grandes potencias pero un fracaso afectaría negativamente a cada país, sin excepciones. En efecto, si el comercio mundial moviliza cerca de cuatro billones de dólares anuales, su distorsión podría generar nuevas crisis, las cuales castigarían aún más las débiles estructuras económicas de muchas sociedades pobres que, por ser periférico-dependientes, son a la vez desamparadas y deprimidas.

5.- En este cuadro básico, la CEE presenta interesantes perspectivas de expansión, tanto por su alto desarrollo tecnocultural y urbano como por su control o influencia sobre amplias fuentes energéticas y de materias primas. No obstante, también confronta algunas dificultades, sobre todo, en tres niveles que están relacionados con las desigualdades orgánicas y la heterogeneidad evolutiva de Europa, concebida globalmente como realidad sociohistórica. Así, en lo interno, la Comunidad presenta diversos planos y matices; y a lo externo (pero dentro de las propias fronteras continentales), también registra modalidades cuyas formas específicas hacen que las diferencias intraeuropeas sean no sólo más notorias sino más insuperables a corto plazo.

Con respecto a su plano interno, la Europa de los Doce es una comunidad desigual. Los socios mayores (Alemania reunificada, Francia e Inglaterra) mantienen desniveles tanto por los alcances y obligaciones relativas a una legislación social comunitaria que podría generarle algunos desajustes al área de la libra esterlina, como por sus diversos grados de desarrollo industrial. En este aspecto, cabe retener la siguiente opinión de Zbigniew Brzezinski: "La Alemania unificada puede convertirse, como lo han aseverado algunos analistas, en la locomotora que impulse el crecimiento económico de todo el continente. Sin embargo, si Alemania ejerce un papel dominante en una Europa dividida, podría convertirse en una fuente de conflictos".

Por lo que se refiere a los nuevos miembros restantes, la realidad parece contundente. ¿Cuáles podrían ser sus aportes decisivos? ¿Sus economías generan principalmente empleos "sólidos" o empleos "precarios"? ¿Dónde se localizan sus acumulaciones y reinversiones industriales: en la producción de bienes de producción o en la producción de bienes de consumo?, ¿en la agroindustria o en el turismo? Además, ¿qué tipo de teoría y de "knowhow" producen sus universida-

des, tecnológicos y centros industriales? Comparándolas con la sostenida, prestigiosa e incrementada capacidad creadora de los científicos e intelectuales alemanes, franceses e ingleses, la del resto de la CEE es menos significativa.

Tomemos un ejemplo: Italia. No obstante sus avances recientes y sus formas externas de "opulencia", la sociedad italiana cuenta con una industria que ha empezado a bajar sus niveles productivos (más de 3% en 1991), y "decenas de miles de trabajadores han sido despedidos"; su producto bruto nacional registra sólo 1% de crecimiento, sus servicios públicos "son insuficientes" y la deuda oficial de los últimos años es el doble por persona comparada con la de Estados Unidos. Mary Beth Sheridan resume el cuadro así: "La Comunidad Europea, que proyecta la fusión monetaria, teme que la economía de Italia resulte demasiado débil para incorporarse". Todo hace suponer que este país sea poco competitivo en el marco comunitario. Tal vez resulte sintomática la afirmación de Carlos Benedetto, titular de la gigantesca empresa "Olivetti", quien dijo recientemente: "Italia está contra las cuerdas".

Respecto de los planos europeos externos a la CEE, destaca en primer término la AELE, Asociación Europea de Libre Intercambio, integrada por Islandia, Noruega, Suecia, Finlandia, Austria y Suiza, a los cuales se suman los nuevos países bálticos. Entre ambos bloques (AELE Y CEE) han ocurrido contactos para fortalecer intercambios comerciales. En tal sentido, fue firmado un acuerdo (octubre de 1991) cuya letra fue, sin embargo, rechazada por la Corte Europea de Justicia (diciembre del mismo año), con lo cual se posterga la posibilidad de constituir "la mayor zona mercantil del mundo" que, bajo condiciones de libre comercio, atendería a 380 millones de consumidores en un mercado representativo de casi la mitad del comercio mundial.

Finalmente, cabe retener también lo relacionado con la Europa del Este y las ex-Repúblicas soviéticas. Al respecto, la política de la CEE no parece definida ni homogénea. Objetivamente, observamos un mayor acercamiento hacia Polonia, Hungría y Checoslovaquia, con quienes han firmado acuerdos de asociación "que permitirán a las economías de estos tres países prepararse para una futura integración en las instituciones comunitarias". Pero tales acuerdos no garantizan a los países del "Triángulo" convertirse en miembros efectivos de la Comunidad sino hasta el año 2000; mientras tanto, sólo tendrán la categoría de "Estados asociados".

En cuanto a la ex-Unión Soviética, la táctica comunitaria ha sido menos flexible. Quizás esto se explique por las incertidumbres derivadas de los proble-

mas nucleares y la deuda externa, así como de las perspectivas "catastróficas" que, a corto plazo, caracterizan a esos países. No obstante, después de la "Cumbre de Maastricht", han comenzado exploraciones para el diálogo con las tres Repúblicas eslavas: Rusia, Ucrania y Bielorrusia, así como cierta disposición a prestarle "ayuda alimentaria" a las poblaciones de Moscú y San Petersburgo, pero sin que haya unanimidad para un pronto reconocimiento diplomático a todos los Estados ex-soviéticos.

6.- La presente síntesis inacabada de este cuadro tan complejo permite deducir que, si bien hay importantes perspectivas, también existen algunas limitaciones al proceso de paz e integración europeos. En un contexto como éste, ¿cuáles serían las perspectivas para Latinoamérica? ¿Será posible pensar en una táctica fructífera para adelantar una participación común de España e Hispanoamérica en la entidad de los Doce?

Tal vez, para una acción inmediata, no estén claras las afinidades de nuestra América con la península. Han faltado contactos sistemáticos y orgánicos. Algunos nexos recientes y circunstanciales entre gobernantes de ambas orillas - que no tienen bases programáticas capaces de garantizarles continuidad e igualdad- nada nos dicen acerca de lo que debiera ser una ideología, o más bien, una doctrina surgida de una reflexión común para impulsar la débil mancomunidad ibérica e iberoamericana del presente. La retórica no puede sustituir la teoría; ni la coyuntura quintocenteneria, a la corriente de la historia. La confraternidad está debilitada en sus fundamentos cotidianos, a través del tiempo. En el largo proceso histórico de nuestras Repúblicas -largo por la pesada carga de tratamientos neocoloniales- es poco el saldo que ha contribuido a construir un cuerpo de ideas en pro de un proyecto común. No hay, pues, ni suficiente vecindad confraternal ni sólida teoría de referencia. Esto, desde luego, no niega afectos individuales o grupales, ni desconoce coincidencias y compromisos específicos; pero sirve de alerta acerca de una incómoda realidad actual.

En tales condiciones ("circunstancias", decía Ortigano) es saludable improvisar. De alguna lamentable manera, nos ha alejado relativamente una historia orgánica, llena de incomprensiones y discordancias, que es necesario superar enérgica, imperativa y conscientemente. Un polémico y fuerte artículo publicado por Brook Larmer y reproducido por "El Nacional" (Caracas, 5 de enero de 1992), aborda descarnadamente algunos aspectos de esta problemática. Más allá de compartir o no sus puntos de vista, lo interesante es el oportuno tratamiento de un "tema tabú" que se inscribe en el asunto central de nuestro presente trabajo. Una historia de discordancias e incomprensiones nos ha alejado. ¿Será pru-

dente, entonces, forzar acercamientos, ahora, a marchas forzadas, con motivo de nuestros "accesos" al importante mercado de la Comunidad Europea?.

7.- Por otra parte, un plano vital que nos afecta más allá de las cifras económicas. En la actualidad, Latinoamérica y el "Tercer Mundo" somos objeto de reactivadas violencias psíquicas desde la "Metrópolis civilizatorias". Estados Unidos y Europa -inclusive España- no sólo practican hoy violencias económicas contra nuestras comunidades periféricas, sino que también "ejercen" el racismo. Allá surge el nazismo y crece la xenofobia. En la "Cumbre de Maastricht", por ejemplo, no hubo ni una sola voz de solidaridad hacia nuestra América. Abundan la segregación y el desdén. Un analista de El Diario de Caracas, Leonardo Vivas Peñalver, en reciente crónica, dice que existe el riesgo "de convertir la comunidad europea en una fortaleza de hombres blancos, protegidos de la invasión mestiza o de otras razas".

¿Qué está ocurriendo? Alemania reunificada es escenario de persecuciones raciales. "En la sofisticada Francia -dice en El Universal Roberto A. Weill- el Frente Nacionalista de Jean-Meire Le Pen arroja una aceptación del 30%" en la refinada opinión pública gala. En Suecia, el Grupo rockero "Dirlewanger" canta a favor de la total "supremacía blanca". El antisemitismo reaparece, incluso, en Rumania, mientras el sionismo profundiza sus dogmas. En España, como en Portugal e Italia se menosprecia y persigue a árabes y africanos negros, en tanto que los hijos de Latinoamérica somos los empobrecidos "sudacas", o como dice un insólito filósofo, los "miméticos tercermundistas". Tod, en un clima anímico donde "lo latinoamericano, hoy, apesta en España", y donde la actual Ley Española de Extranjería "es racista" según testimonios vitales de dominicanos, chilenos y marroquíes.

8.- Ahora bien, "Business is business". En consecuencia, es necesario asumir posiciones pragmáticas y realistas; de modo que, al margen de la discriminación xenófoba y nazirracista de Europa, debemos preguntar ¿cuál será la posibilidad de que Hispanoamérica se vincule con España y Portugal para acceder al Mercado Común Europeo? Pero ¿somos prioritarios para Europa? En rigor, no. Ni el petróleo venezolano, ni el trigo argentino, ni la carne uruguaya, ni el cobre chileno, ni el café brasileño, ni el azúcar cubano son irremediabilmente indispensables para la CEE en estos instantes. Por supuesto, ella requiere alimentos, energía y materias primas, pero con prioridad, no necesita las de América Latina. Además, desde otra perspectiva, es mayor su interés cultural, académico e ideopolítico por la Europa del Este y Euroasia que por estas tierras tropicales y subtropicales, endeudadas y deprimidas, cuyo escenario, por lo de-

más, constituye -desde la Segunda Guerra- el patio trasero de Estados Unidos. Tales son las líneas gruesas del asunto.

De acuerdo con lo expuesto, ¿cómo podríamos "infiltrarnos" en este definido sector de la Tríada? ¿Cuáles serían las vías o intersticios por donde ganar espacio en ese exigente mercado? ¿Cómo aprovechar los "buenos oficios" de la Europa ibérica? Sin dudas, estas son preguntas para ser respondidas, con autoridad profesional, por economistas e internacionalistas especializados en "comercio exterior". Habrán quienes invoquen las "ventajas comparativas" del siglo XVIII, con el librecambismo del siglo XIX. Otros hablarán de los "niveles de excelencia": mejorar la calidad, aumentar la producción, reducir los precios, garantizar los suministros, ser competitivos. Todo inscrito en la doctrina que renuncia al estatismo autoritario y al proteccionismo populista. De esta manera, el nuevo lineamiento programático podría sintetizarse en una consigna: "mayor producción y mayor incorporación a la economía mundial".

9.- Esa podría ser la respuesta; tal sería la perspectiva. Sin embargo, reivindicamos el derecho a disentir. Frente a esta especie de fatalismo geoeconómico que nos compele a aceptar los mercados de Tríada bajo la pasiva condición de parientes paupérrimos, es útil asumir a José Martí quien nos alertó acerca del riesgo de perder controles soberanos si nuestra América subordina inapelablemente su comercio externo a codiciosas e irrefrenables potencias foráneas. Y frente al mandato eurocéntrico de la historia universal (vuelve a concebirnos como simples consumidores e importadores, o como extenso traspatio para la exportación de mercancías devaluadas), urge reivindicar el desafío de la creatividad suscrito por Simón Rodríguez en nuestros albores republicanos.

La experiencia histórica de esta América nos autoriza a decir que nada positivo -o casi nada- podemos esperar de las Metrópolis dominantes, en cuyas agendas contemporáneas no ocupamos sitio de importancia. Por lo demás, el "mundo libre" que hoy asiste al colapso del "totalitarismo socialista" no está dispuesto a compartir su "libertad" con los pueblos neocolonizados. Al contrario, su liderazgo insiste en la manipulación del GATT y de la ONU para maximizar ganancias y multiplicar saqueos, tales son las leyes del imperialismo. Bajo semejante contexto, la historia de nuestra América parece destinada a reproducir los términos subordinantes de 1492. Después de cinco siglos de aquel despojo, ¿soportaremos otra vez el peso de las malas relaciones internacionales y el yugo de los dominios internos? ¿Volvemos a vivir la historia al revés?. En estas circunstancias, el SELA y la CEPAL resultan inoperantes.

Vista la onda expansiva metropolitana desde el ángulo de Latinoamérica, no se trata de cerrarnos ante el mundo. Ni murallas chinas ni muros alemanes; pero tampoco rígidas imposiciones foráneas. Es necesario reajustarnos con el exterior después de repensarnos autónomamente. Sólo así podremos acceder al "nuevo proceso". Este derecho nuestro ¿será respetado por quienes, desde la otra orilla, invocan la "libertad"?

Versión Texto

La Comunidad Europea: nueve notas desde Latinoamérica

LUIS CIPRIANO RODRÍGUEZ

Escuela de Historia/UCV

1.- Si nuestra interpretación de la Historia se inscribiera en criterios eurocéntricos, diríamos que Europa –hoy como ayer– constituye la inagotable cuna de ideas, civilizaciones y utopías. Ahora se centraría en ella, otra vez, la esperanza actual del mundo sacudido por muchas crisis. Europa sería el gigante que corona tres décadas de iniciativas integracionistas iniciadas después de la Segunda Guerra en función de una sola moneda, un solo Banco Central, un solo Parlamento y una sola Cultura. “La civilización puesta a prueba”, como expresó Toymbee, estaría liquidando definitivamente los violentos prejuicios de Hitler, y superando los derrotismos de Spengler. De igual manera, más de cien años después, también estaría dándole contundente respuesta al panesvalismo suscrito por Danilevsky hace un siglo.

“Ha triunfado, pues, Europa como luz del mundo”. Eso diríamos. Pero ¿hacia dónde marchará ahora la obra fundamental de este “gigante glorioso”? En el marco de una lógica eurocéntrica pero humanística, fiel al pensamiento filosófico del siglo XIX, cabría deducir –ingenuidad de por medio– que ahora el contexto internacional posterior al derrumbe del “totalitarismo soviético”, favorece la convergencia hacia “el estadio de la paz y la justicia para todos”, vislumbrado por Herder, Fichte, Kant y Hegel. (Dejemos de lado esta vez a Comte y Saint Simon, a Turgot y Burdin). Desde luego, dirá la historia oficial, nada significa aquí y ahora los diseños lineales, dogmáticos y escatológicos de Marx y Engels, Bebel y Conow, Lenin y Kautsky, incluyendo a los “marxistas menores”, como nota Pitirim A. Sorokin.

Esta no es la hora de los “estatismos opresores” sino del “bienestar con libertad”. El hombre se independiza tanto del Estado autoritario como del dogma ideológico y la economía dirigida. Europa es, entonces, el modelo contemporáneo para la liberación del ser. Ella dignifica y rescata el destino humanista

del individuo. Esta es, consiguientemente, la hora para reescribir con Kahler la Historia universal del hombre. Escribirla con autenticidad. La historia del ser plenamente liberado.

Lo que Erick Kahler postuló en 1934, cuando la Segunda Guerra assolaba gran parte del mundo, parece cobrar sentido en la presente coyuntura: “el reinado del hombre”. Es ésta la oportunidad para que dicho hombre reine como persona creadora, libre y múltiple. Sin egoísmos ni elitismos. En función de la seguridad colectiva. Después del colapso soviético, Europa puede volver a Santo Tomás: “quien busca el bien común de la sociedad, consiguientemente busca su propio bienestar”.

2.- Ahora bien, como no somos eurocéntricos, preguntamos: ¿cuál es la Europa que, al parecer, está perfilando tan alentadora grandeza? ¿cuál es la comunidad que al iniciarse este año 1992 se asoma con firmes convicciones al “vértigo de lo desconocido”? “Europa –informa desde Bruselas la Agencia EFE– se inicia desde 1992 sin un mapa estable, con el resonar de los cañones en los Balcanes y sin que esté colocada la última piedra en el tramado de instituciones que deberían garantizar la paz del continente”. Tal es el panorama a corto plazo.

Sin embargo, la Comunidad Económica Europea –es ésta la Europa en referencia– avanza. Cabe reconocer que tal hecho obedece a la irrenunciable dinámica de la actual exigente coyuntura. Después de los muchos siglos de odio y conflicto, Europa parece asomarse a la hora de sus grandes acuerdos. Atrás quedan los desequilibrios que generaron guerras e incendios, desde los tiempos del Sacro Imperio Romano (sin universalidad centralizadora) hasta el III Reich o el “Imperio Soviético” (sin libertades para el sufragio ni para el comercio). Atrás quedan –tal debería ser el sino de esta hora– las inquisiciones y los racismos, las hogueras y las razzias, las guillotinas y las cremaciones, los paredones y los pogroms. Europa, renovada y resuelta, olvida sus turbulencias y asume los valores de un humanismo transparente e irrestricto.

Este procedimiento no es, desde luego, gratuito. La historia opera con bases en factores e imperativos; obedece a urgencias y

proyectos, a retos y respuestas; sus contradicciones se desencadenan y sus plazos se cumplen. En este procedimiento, Europa está a las puertas de nuevos destinos. El contexto universal así lo reclama: “mientras la Unión Soviética se desintegra, Europa se integra. Ella muestra su rostro homogéneo. Las nuevas generaciones de europeos tienden a semejarse mucho más entre sí aún cuando hay diferencias de idiomas y de culturas”. Esta afirmación, que podemos leerla en cualquier gacetilla de agencias noticiosas, es el fruto de treinta y cinco años de esfuerzo en pos de la integración económica, monetaria, educativa e ideopolítica. El fruto de la segunda postguerra. El 1° de enero del próximo año 1993, comenzará a funcionar un inmenso mercado de 340 millones de habitantes; y hacia 1999, estará circulando una moneda única, bajo los postulados de una política globalizante en materia de defensa común, seguridad social y relaciones exteriores.

De acuerdo con lo aprobado recientemente en la “Cumbre de Maastricht”, Holanda, los días 11 y 12 de diciembre de 1991, “Europa será principalmente potencia del mundo”. Así lo entiende François Mitterrand, quien agrega: “La primera potencia ya es prácticamente realidad. La primera potencia industrial, la primera potencia científica, la primera potencia que ofrecerá a su juventud las posibilidades de trabajar, de tener profesiones”. Aunque en materia estrictamente comercial reconoce que no serán los primeros sino “tan fuertes” como los norteamericanos y japoneses, Mitterrand nos presenta una realidad novedosa e increíble. ¿Cuántos europeos pensaron en semejante logro a raíz de Yalta?

3.- Sin embargo, no se trata de toda la Europa. Son doce los países que hoy forman la Comunidad iniciada casi cuatro décadas. Holanda, Italia, Alemania, Francia, Bélgica, Luxemburgo, España, Irlanda, Gran Bretaña y Grecia configuran el cónclave. Factores geopolíticos e intereses adscritos a la economía de mercado actúan como fuerza centrífuga integradora (Newton sería entonces, su emblema lógico e histórico).

Frente a la superpotencia norteamericana, endeudada pero dueña del “monopolarismo” surgido de Bagdad y San Peters-

burgo, la CEE afianza su estrategia como factor de “equilibrio”. Igual ocurre frente a Japón. Por ello, como aprecia “The New York Times”, su meta es fortalecer su condición de “potencia cohesionada, capaz de desafiar los retos económicos y políticos planteados por los otros dos grandes bloques: Norteamérica y Asia”. Desde esta perspectiva, y sintetizando opiniones de la prensa diaria, cabe decir que en Maastricht, los Doce duplicaron sus intenciones integracionistas “con la esperanza de crear una zona de estabilidad y fijación en una Europa a la deriva”. Pero, ¿está realmente a la deriva el conjunto europeo? Desde luego, no. Sólo que no se encuentra tan unida y segura como luce en el sueño inesperadamente gregario y mercantilista de Mitterrand (¿y de Debray, cuya disidencia ecuménica ha naufragado?)

Pues bien, esta parte de Europa aspira convertirse de veras, en un sólido eje de poder mundial para la libertad y el progreso. Pero, aun cuando están a la vista el derrumbe soviético, la caída del muro de Berlín y la extinción del Pacto de Varsovia, el “nuevo orden” no asume todavía su presunta y presuntuosa filosofía pacifista y emancipadora. La fraternidad ecuménica no ha surgido aun como fruto de la “derrota comunista”. Las contradicciones y las desconfianzas intraliberales e intrainimperiales continúan su curso. Parece que Paul Elluard, T.S. Elliot y Walt Whitman deberán esperar otro medio siglo para que un humanismo verdadero cruce “la puerta que nunca abrimos al jardín de las rosas”.

Entre tanto, intelectuales y mercaderes, administradores y estadistas, generales y banqueros —siempre a nombre de la libertad como temía Bolívar— estimularán competencias y escenificarán debates dentro del más exquisito parlamentarismo. ¿Protagonizarán luego, otra vez, guerras de refinadas tecnologías? Pero ¿acaso la violencia no era una práctica exclusiva de la locura hitleriana y la barbarie estalinista? ¿dónde queda entonces la credibilidad de los “nuevos parámetros”?

Las rivalidades y manipulaciones siguen su rumbo en un orden “nuevo” de quinientos años, fundado en la mercancía co-

mo símbolo, pero sobre todo, como plusvalía realizada en la moral del libre mercado”.

4.- La Europa de los Doce –los “inventores de la simplicidad” como anuncia Jacques Delors– va a la conquista de una “gloriosa prosperidad”. Para ello, procura dominar los mercados. En Bruselas o en Estrasburgo, en Tokio o en Camberra, en Washington o en Montevideo, las reuniones relacionadas con el GATT destilan humores, anhelos y angustias. La “Ronda Uruguay”, abierta hace cinco años en el marco del “Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio”, constituye una lejana esperanza para los grandes bloques del capitalismo dominante. En su seno ocurren disputas lideradas por Estados Unidos, Japón y la Comunidad Económica, dentro de una dinámica de mutuas intransigencias. La Europa comunitaria protege decididamente a sus agricultores, el imperio norteamericano subsidia a los suyos, y Japón “se resiste a liberalizar su mercado del arroz”. Tal vez por eso, George Bush generaliza al decir que las barreras comerciales japonesas contribuyen a la recesión económica de su país, aunque por su parte, los australianos le acusan de hipócrita porque defiende los subsidios a los cosecheros estadounidenses “mientras presiona a las naciones asiáticas a seguir abriendo sus mercados a los productos norteamericanos”.

El comercio de Estados Unidos con Japón arrojó en 1990 un superávit de 41.000 millones de dólares a favor de este último. De tan fabulosa suma, el 75% corresponde a la industria automotor, circunstancia que representa un rudo obstáculo para la General Motors, la Ford y la Chrysler, símbolos del “desarrollo sobre ruedas” en la etapa rostowniana del “consumo en masa”. Como dato concreto, para dicho año, estas empresas colocaron en el mercado nipón sólo once mil vehículos, contra más de dos millones de unidades exportadas por los japoneses a Norteamérica.

Aparte de los reclamos planteados acerca de este rubro, el gobierno de Washington también insiste en el problema del arroz. Japón debe abrir su mercado a los cereales norteamericanos porque, según Bush, “el consumidor nipón tiene derecho a

comprar dicho producto importado a precios hasta siete veces más baratos que los actuales”.

Evidentemente, cada bloque presiona sin escrúpulos. En verdad, el intercambio mercantil capitalista no practica las relaciones propias del internacionalismo solidario. En el contexto de los tres grandes bloques, lo importante para Japón es que su espacio arrocero no sea penetrado por Estados Unidos, mientras que éste aspira que la Comunidad Económica Europea cese “su avalancha de exportaciones subsidiadas”. Pero, ¿acaso Washington no subsidia a sus agricultores? Dentro de tan cerrado mecanismo, ¿cómo quedan los países pobres? ¿cuál es, por ejemplo, el destino de Latinoamérica? “Estos subsidios –dice la Agencia REUTER– que sólo pueden ser pagados por exportadores ricos como Estados Unidos, Japón y la Comunidad Europea, privan de mercados a muchos países pobres que dependen mucho más de sus ventas de productos del agro”.

En principio, la “Ronda Uruguay” podría conducir a una vasta liberalización comercial que reactive la economía del mundo. Tal es la ideología dominante en dicha entidad. Sin embargo, por una parte, hay una excesiva confianza neoliberal en la capacidad creadora del mercado, y por la otra, una inocultable rigidez de las potencias imperialistas cuyo empresariado entiende la libertad sólo como un privilegio exclusivo para imponer condiciones, manipular precios y amasar ganancias especulativas. Debido a estas intransigencias, el Director General del GATT, Arthur Dunkel, ha presentado en Ginebra un “Documento de compromiso” donde sugiere soluciones (también de compromisos) para los sectores agrícola y de servicios. Allí se intenta reducir los subsidios a las exportaciones (36% en 1993 y 24% en 1999) respecto del período anterior de 1986 y 1990. En cuanto a las ayudas para los productores agrícolas, éstas serían del 20% al 36% durante el lapso 1993-1999, sobre la referencia de 1986-1988.

Este documento de Dunkel será analizado principalmente por los representantes europeos y norteamericanos. Es posible que el año de 1992 sea propicio para resolver el problema de las

barreras mercantiles en el mundo. ¿Hasta qué punto la “Ronda Uruguay” puede resolver tan complejo asunto? ¿Y en qué medida tal solución favorecerá a los países dependientes? Todo parece indicar que éste es un tópico para el interés de las grandes potencias pero un fracaso afectaría negativamente a cada país, sin excepciones. En efecto, si el comercio mundial moviliza cerca de cuatro billones de dólares anuales, su distorsión podría generar nuevas crisis, las cuales castigarían aún más las débiles estructuras económicas de muchas sociedades pobres que, por ser periférico-dependientes, son a la vez desamparadas y deprimidas.

5.- En este cuadro básico, la CEE presenta interesantes perspectivas de expansión, tanto por su alto desarrollo tecnocultural y urbano como por su control o influencia sobre amplias fuentes energéticas y de materias primas. No obstante, también confronta algunas dificultades, sobre todo, en tres niveles que están relacionados con las desigualdades orgánicas y la heterogeneidad evolutiva de Europa, concebida globalmente como realidad sociohistórica. Así, en lo interno, la Comunidad presenta diversos planos y matices; y a lo externo (pero dentro de las propias fronteras continentales), también registra modalidades cuyas formas específicas hacen que las diferencias intraeuropeas sean no sólo más notorias sino más insuperables a corto plazo.

Con respecto a su plano interno, la Europa de los Doce es una comunidad desigual. Los socios mayores (Alemania reunificada, Francia e Inglaterra) mantienen desniveles tanto por los alcances y obligaciones relativas a una legislación social comunitaria que podría generarle algunos desajustes al área de la libra esterlina, como por sus diversos grados de desarrollo industrial. En este aspecto, cabe retener la siguiente opinión de Zbigniew Brzezinski: “La Alemania unificada puede convertirse, como lo han aseverado algunos analistas, en la locomotora que impulse el crecimiento económico de todo el continente. Sin embargo, si Alemania ejerce un papel dominante en una Europa dividida, podría convertirse en una fuente de conflictos”.

Por lo que se refiere a los nuevos miembros restantes, la realidad parece contundente. ¿Cuáles podrían ser sus aportes decisivos?, ¿Sus economías generan principalmente empleos “sólidos” o empleos “precarios”? ¿Dónde se localizan sus acumulaciones y reinversiones industriales: en la producción de bienes de producción o en la producción de bienes de consumo?, ¿en la agroindustria o en el turismo? Además, ¿qué tipo de teoría y de “knowhow” producen sus universidades, tecnológicos y centros industriales? Comparándolas con la sostenida, prestigiosa e incrementada capacidad creadora de los científicos e intelectuales alemanes, franceses e ingleses, la del resto de la CEE es menos significativa.

Tomemos un ejemplo: Italia. No obstante sus avances recientes y sus formas externas de “opulencia”, la sociedad italiana cuenta con una industria que ha empezado a bajar sus niveles productivos (más de 3% en 1991), y “decenas de miles de trabajadores han sido despedidos”; su producto bruto nacional registra sólo 1% de crecimiento, sus servicios públicos “son insuficientes” y la deuda oficial de los últimos años es el doble por persona comparada con la de Estados Unidos. Mary Beth Sheridan resume el cuadro así: “La Comunidad Europea, que proyecta la fusión monetaria, teme que la economía de Italia resulte demasiado débil para incorporarse”. Todo hace suponer que este país sea poco competitivo en el marco comunitario. Tal vez resulte sintomática la afirmación de Carlos Benedetto, titular de la gigantesca empresa “Olivetti”, quien dijo recientemente: “Italia está contra las cuerdas”.

Respecto de los planos europeos externos a la CEE, destaca en primer término la AELE, Asociación Europea de Libre Intercambio, integrada por Islandia, Noruega, Suecia, Finlandia, Austria y Suiza, a los cuales se suman los nuevos países bálticos. Entre ambos bloques (AELE Y CEE) han ocurrido contactos para fortalecer intercambios comerciales. En tal sentido, fue firmado un acuerdo (octubre de 1991) cuya letra fue, sin embargo, rechazada por la Corte Europea de Justicia (diciembre del mismo año), con lo cual se posterga la posibilidad de constituir

“la mayor zona mercantil del mundo” que, bajo condiciones de libre comercio, atendería a 380 millones de consumidores en un mercado representativo de casi la mitad del comercio mundial.

Finalmente, cabe retener también lo relacionado con la Europa del Este y las ex-Repúblicas soviéticas. Al respecto, la política de la CEE no parece definida ni homogénea. Objetivamente, observamos un mayor acercamiento hacia Polonia, Hungría y Checoslovaquia, con quienes han firmado acuerdos de asociación “que permitirán a las economías de estos tres países prepararse para una futura integración en las instituciones comunitarias”. Pero tales acuerdos no garantizan a los países del “Triángulo” convertirse en miembros efectivos de la Comunidad sino hasta el año 2000; mientras tanto, sólo tendrán la categoría de “Estados asociados”.

En cuanto a la ex-Unión Soviética, la táctica comunitaria ha sido menos flexible. Quizás esto se explique por las incertidumbres derivadas de los problemas nucleares y la deuda externa, así como de las perspectivas “catastróficas” que, a corto plazo, caracterizan a esos países. No obstante, después de la “Cumbre de Maastricht”, han comenzado exploraciones para el diálogo con las tres Repúblicas eslavas: Rusia, Ucrania y Bielorrusia, así como cierta disposición a prestarle “ayuda alimentaria” a las poblaciones de Moscú y San Petersburgo, pero sin que haya unanimidad para un pronto reconocimiento diplomático a todos los Estados ex-soviéticos.

6.- La presente síntesis inacabada de este cuadro tan complejo permite deducir que, si bien hay importantes perspectivas, también existen algunas limitaciones al proceso de paz e integración europeos. En un contexto como éste, ¿cuáles serían las perspectivas para Latinoamérica? ¿Será posible pensar en una táctica fructífera para adelantar una participación común de España e Hispanoamérica en la entidad de los Doce?

Tal vez, para una acción inmediata, no estén claras las afinidades de nuestra América con la península. Han faltado contactos sistemáticos y orgánicos. Algunos nexos recientes y circunstanciales entre gobernantes de ambas orillas —que no tienen

bases programáticas capaces de garantizarles continuidad e igualdad— nada nos dicen acerca de lo que debiera ser una ideología, o más bien, una doctrina surgida de una reflexión común para impulsar la débil mancomunidad ibérica e iberoamericana del presente. La retórica no puede sustituir la teoría; ni la coyuntura quintocentenario, a la corriente de la historia. La confraternidad está debilitada en sus fundamentos cotidianos, a través del tiempo. En el largo proceso histórico de nuestras Repúblicas — largo por la pesada carga de tratamientos neocoloniales— es poco el saldo que ha contribuido a construir un cuerpo de ideas en pro de un proyecto común. No hay, pues, ni suficiente vecindad confraternal ni sólida teoría de referencia. Esto, desde luego, no niega afectos individuales o grupales, ni desconoce coincidencias y compromisos específicos; pero sirve de alerta acerca de una incómoda realidad actual.

En tales condiciones (“circunstancias”, decía Ortigano) es saludable improvisar. De alguna lamentable manera, nos ha alejado relativamente una historia orgánica, llena de incomprensiones y discordancias, que es necesario superar enérgica, imperativa y conscientemente. Un polémico y fuerte artículo publicado por Brook Larmer y reproducido por “El Nacional” (Caracas, 5 de enero de 1992), aborda descarnadamente algunos aspectos de esta problemática. Más allá de compartir o no sus puntos de vista, lo interesante es el oportuno tratamiento de un “tema tabú” que se inscribe en el asunto central de nuestro presente trabajo. Una historia de discordancias e incomprensiones nos ha alejado. ¿Será prudente, entonces, forzar acercamientos, ahora, a marchas forzadas, con motivo de nuestros “accesos” al importante mercado de la Comunidad Europea?

7.- Por otra parte, un plano vital que nos afecta más allá de las cifras económicas. En la actualidad, Latinoamérica y el “Tercer Mundo” somos objeto de reactivadas violencias psíquicas desde la “Metrópolis civilizatorias”. Estados Unidos y Europa —inclusive España— no sólo practican hoy violencias económicas contra nuestras comunidades periféricas, sino que también “ejercen” el racismo. Allá surge el nazismo y crece la xenofobia.

En la “Cumbre de Maastricht”, por ejemplo, no hubo ni una sola voz de solidaridad hacia nuestra América. Abundan la segregación y el desdén. Un analista de El Diario de Caracas, Leonardo Vivas Peñalver, en reciente crónica, dice que existe el riesgo “de convertir la comunidad europea en una fortaleza de hombres blancos, protegidos de la invasión mestiza o de otras razas”.

¿Qué está ocurriendo? Alemania reunificada es escenario de persecuciones raciales. “En la sofisticada Francia –dice en El Universal Roberto A. Weill– el Frente Nacionalista de Jean-Meire Le Pen arroja una aceptación del 30%” en la refinada opinión pública gala. En Suecia, el Grupo rockero “Dirlewanger” canta a favor de la total “supremacía blanca”. El antisemitismo reaparece, incluso, en Rumania, mientras el sionismo profundiza sus dogmas. En España, como en Portugal e Italia se menosprecia y persigue a árabes y africanos negros, en tanto que los hijos de Latinoamérica somos los empobrecidos “sudacas”, o como dice un insólito filósofo, los “miméticos tercermundistas”. Tod, en un clima anímico donde “lo latinoamericano, hoy, apesta en España”, y donde la actual Ley Española de Extranjería “es racista” según testimonios vitales de dominicanos, chilenos y marroquíes.

8.- Ahora bien, “Business is business”. En consecuencia, es necesario asumir posiciones pragmáticas y realistas; de modo que, al margen de la discriminación xenófoba y nazirracista de Europa, debemos preguntar ¿cuál será la posibilidad de que Hispanoamérica se vincule con España y Portugal para acceder al Mercado Común Europeo? Pero ¿somos prioritarios para Europa? En rigor, no. Ni el petróleo venezolano, ni el trigo argentino, ni la carne uruguaya, ni el cobre chileno, ni el café brasileño, ni el azúcar cubano son irremediamente indispensables para la CEE en estos instantes. Por supuesto, ella requiere alimentos, energía y materias primas, pero con prioridad, no necesita las de América Latina. Además, desde otra perspectiva, es mayor su interés cultural, académico e ideopolítico por la Europa del Este y Euroasia que por estas tierras tropicales y subtropicales, endeudadas y deprimidas, cuyo escenario, por lo demás, constituye

—desde la Segunda Guerra— el patio trasero de Estados Unidos. Tales son las líneas gruesas del asunto.

De acuerdo con lo expuesto, ¿cómo podríamos “infiltrarnos” en este definido sector de la Tríada? ¿Cuáles serían las vías o intersticios por donde ganar espacio en ese exigente mercado? ¿Cómo aprovechar los “buenos oficios” de la Europa ibérica? Sin dudas, estas son preguntas para ser respondidas, con autoridad profesional, por economistas e internacionalistas especializados en “comercio exterior”. Habrán quienes invoquen las “ventajas comparativas” del siglo XVIII, con el libremercado del siglo XIX. Otros hablarán de los “niveles de excelencia”: mejorar la calidad, aumentar la producción, reducir los precios, garantizar los suministros, ser competitivos. Todo inscrito en la doctrina que renuncia al estatismo autoritario y al proteccionismo populista. De esta manera, el nuevo lineamiento programático podría sintetizarse en una consigna: “mayor producción y mayor incorporación a la economía mundial”.

9.- Esa podría ser la respuesta; tal sería la perspectiva. Sin embargo, reivindicamos el derecho a disentir. Frente a esta especie de fatalismo geoeconómico que nos compele a aceptar los mercados de Tríada bajo la pasiva condición de parientes paupérrimos, es útil asumir a José Martí quien nos alertó acerca del riesgo de perder controles soberanos si nuestra América subordina inapelablemente su comercio externo a codiciosas e irrefrenables potencias foráneas. Y frente al mandato eurocéntrico de la historia universal (vuelve a concebirnos como simples consumidores e importadores, o como extenso traspatio para la exportación de mercancías devaluadas), urge reivindicar el desafío de la creatividad suscrito por Simón Rodríguez en nuestros albores republicanos.

La experiencia histórica de esta América nos autoriza a decir que nada positivo —o casi nada— podemos esperar de las Metrópolis dominantes, en cuyas agendas contemporáneas no ocupamos sitio de importancia. Por lo demás, el “mundo libre” que hoy asiste al colapso del “totalitarismo socialista” no está dispuesto a compartir su “libertad” con los pueblos neocolonizados.

Al contrario, su liderazgo insiste en la manipulación del GATT y de la ONU para maximizar ganancias y multiplicar saqueos, tales son las leyes del imperialismo. Bajo semejante contexto, la historia de nuestra América parece destinada a reproducir los términos subordinantes de 1492. Después de cinco siglos de aquel despojo, ¿soportaremos otra vez el peso de las malas relaciones internacionales y el yugo de los dominios internos? ¿Volvemos a vivir la historia al revés? En estas circunstancias, el SELA y la CEPAL resultan inoperantes.

Vista la onda expansiva metropolitana desde el ángulo de Latinoamérica, no se trata de cerrarnos ante el mundo. Ni murellas chinas ni muros alemanes; pero tampoco rígidas imposiciones foráneas. Es necesario reajustarnos con el exterior después de repensarnos autónomamente. Sólo así podremos acceder al “nuevo proceso”. Este derecho nuestro ¿será respetado por quienes, desde la otra orilla, invocan la “libertad”?